POESÍA EN EL CAMPUS

CURSO 1992-93

JON JUARISTI

REVISTA ORAL DE POESÍA

NÚMERO 21

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/2777

Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

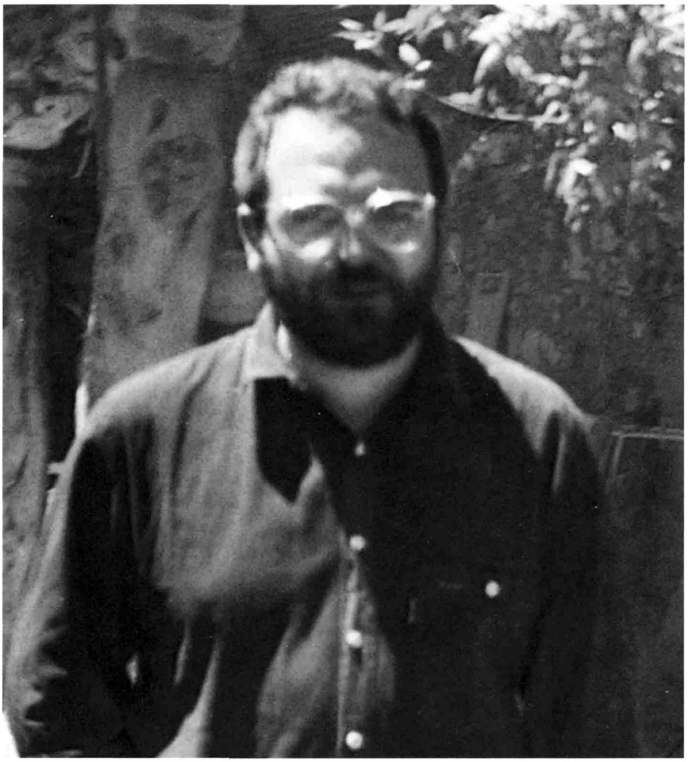
- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

JON JUARISTI

BIOGRAFÍA



Jon Juaristi nació en Bilbao en 1951. Es profesor de literatura española en la Universidad del País. Ha sido profesor investigador en el Colegio de México. Ha traducido al español poemas de Gabriel Aresti (1976) y novelas de Mario Onaindía. Ha traducido al vasco obras de T.S. Elliot y de M. von Kleist. Ha publicado ensayos sobre arte, literatura e historia del País Vasco. Ha sido incluido por la crítica dentro de la llamada «Generación de los 80». Juaristi no se considera poeta de oficio, sino versificador tardío en momentos de desahogo; sus trabajos periodísticos en *El País* son especialmente brillantes. Ha publicado recientemente un ensayo en el que aborda los avatares históricos de los nacionalismos españoles.

CRÍTICA

NO SE PUEDE SER VASCO IMPUNEMENTE

No se puede ser vasco impunemente. Ni siquiera cuando, como ha hecho Jon Juaristi en su poema «El gas de mi mechero» (*Suma de varia intención,* 1987) y además en un momento de su personal biografía, uno se ha despedido del «altar sagrado de la Patria» y la ha llamado *«vieja cerda que devora a sus lechones / en un rapto de amor»*. O cuando («Euskadi 1984», en *Diario del poeta recién cansado,* 1985) se apostrofa así a Otxalar (Juan San Martín) y a Txilladergui (José Luis Álvarez Emparantza), ideólogos ambos del independentismo vasco: *«escogeré desde ahora a mis hermanos / defenderé la casa que yo quiera»*.

Pero sería un abuso y tendría mucho de oportunismo sensiblero leer la poesía de Jon Juaristi como un testimonio histórico del aborrecimiento y la náusea que inspira hoy un horizonte de Astras y anoracs que se abrió para muchos en 1968 *(«Praga pillaba lejos / no muy cerca de París»* y era inevitable *«despertar de un sueño de bonanza católica / y de jardín inglés»,* leemos en «Aliud et alibi», *Los paisajes domésticos,* 1992) y que comenzó a cerrarse al calor de las esperanzas de 1975. En estos poemas hay otras deudas con la historia y con el propio origen que quizá explica, mejor que ninguna otra cosa, un oportuno texto de Thomas Bernhardt al frente de *Arte de marear* (1988), donde se habla del lugar de nacimiento como «base perversa de la existencia». Perversa pero también inevitable... Y puede que no tan perversa.

Porque, en primer lugar, Jon Juaristi vino al mundo en Bilbao, una ciudad vasca que emerge entre —y, más a menudo, *contra*— una larga tradición rural, matriarcal, etnocéntrica que nos sobrecoge cuando la caricaturizan los ritos (bailes mortuorios, antorchas nocturnas) a los que se entregan —alegres y combativos— los cofrades de Herri Batasuna. Bilbao nunca fue carlista ni habló eusquera y, desde 1300, dedicó sus días a comerciar con Flandes y Castilla

y a pelear con los pueblos rurales de su vecindad. Luego fue industrial, fachendosa, algo británica y un mucho jesuítica. Blas de Otero y Juaristi, que han conocido su decadencia reciente, la zahieren y la aman. El primero la recuerda cuando está en Moscú y en La Habana; Juaristi la llama Vinogrado y la evoca «*Art-déco / con toques de alquería neogótica (...) Y un museo virtual de arqueología minero-agro-industrial / en las márgenes ambas de su cuenca fluvial*». Resulta difícil mejorar por idéntico modo enumerativo la llamativa mezcla que así se evoca de la arquitectura de Manuel María Smith, los pretenciosos chalets de Neguri y las ruinas herrumbrosas y fantasmales del muelle de la Ripa: eso es Bilbao a la que amó —y odió— también Miguel de Unamuno con su corazón dividido entre la tienda de ultramarinos urbana y paterna y la alquería arcádica materna. Y quien quiera conocer algo de esto conviene que lea con urgencia el libro «generacional» de Patxo Unzueta, *Bilbao,* que seguramente le pasó inadvertido en la colección «Las ciudades» de Ediciones Destino; comparte catálogo además con un *San Sebastián* de otro vasco de ciudad, Fernando Savater, que es lectura no menos jugosa.

Allí en Bilbao se formó Juaristi su «fondo sentimental de escritor» (diría Pío Baroja que fue, por cierto, amigo de su abuelo Tiburcio Linacero). En «Patria mía», soneto de *Suma de varia intención,* reconoce los términos de la herencia:

Esta tierra feroz, feraz en curas
me dio un roble, un otero y una muno.

Traduzcamos: roble vale por Aresti, Gabriel, cuyo apellido es variante del vocablo eusquera 'haritz', roble; Otero es don Blas y, aunque partido en dos, reconocemos al fin a don Miguel. Volvemos a encontrarlos en «Il miglior fabbro» (del *Diario...*) en broma perfectamente seria: Unamuno, Otero... y Marcial que «eres el más grande» como el pasodoble. De todos tiene algo. De Aresti conserva cierta vehemencia y las rachas de impudor emocional tan necesarias para el sirventés. De Unamuno siempre queda en sus lectores el Unamuno contemplativo. De Otero ha heredado la maestría técnica para el relámpago intertextual, el palimpsesto sarcástico. De todos ellos deriva ser poeta cívico, inevitablemente cívico, más que social. Y cierta pertinaz intransigencia. ¿Una tradición vasca? Nuestro poeta dedicó algunos años a aprender el eusquera (es, como fue Aresti, un *euskaldunberri* o vasco nuevo) y de su frecuentación de las letras locales ha retenido un nombre: el de Arnault de Oyenart o Arnaldo de Oyenarte. Fue éste un vasco-francés de 1600, gran señor y no clérigo (como casi todos los plumíferos vascones), que escribió poemas cultos, que defendió la lengua «contra estragos de curas y copletos» («L'art poétique basque» en *Suma...*), que fue amigo en el infierno de contemporáneos como Agrippe d'Aubigné,

John Donne y Luis de Góngora y que sus calderas de Pedro Botero amonesta a sus compatriotas, «romos paisanos», «menguados de talento», que solamente sabrán ir al limbo de cabeza («Epístola a los vascones», *Arte...*).

Pero Oyenarte queda muy lejos... En el poema «En torno al casticismo» (que está en *Arte de marear* y dedicado a Fanny Rubio que, desaconsejada, le aconsejó escribir en eusquera) nos señala inapelable otra fuente de poética y de vida:

> *Nuestro maestro en estro, Jaume el Conqueridor*
> *es catalán, inglés y un poco filipino.*

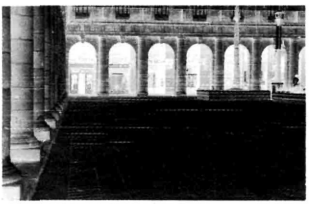
No hará falta traducir en este caso que Jaume es Jaime Gil de Biedma, ahora que tanta cursilería se destila a su propósito. Este reconocimiento es *ante mortem* y, por tanto, legitima el que ha reiterado *post mortem* en su poema reciente «Intento formular mi experiencia de la poesía civil» (tampoco es necesario recordar que ese título contrahace otro muy famoso de *Moralidades*). Allí recuerda su primera lectura del escritor barcelonés y su impresión ante *«tanto verso vestido de paisano / con elegancia atroz, y la osadía / de la cacofonía»*. El poema se cierra en compañía, como debe ser: una lista de nombres propios a los que el sagaz lector pondrá los apellidos de las cohortes triunfales de la sevillana revista *Renacimiento* (Abelardo, Felipe, Abel, Antonio, Carlos, Pere, Luis, Luis Alberto, Juan, Fernando, Francisco, Alex, Álvaro, Jesús, José María, Paco). Allí, en su número 7, vieron la luz por vez primera estos versos que ahora ocupan su lugar en *Los paisajes domésticos.* Y aquella misma entrega traía otro poema de uno de los nombrados, Luis García Montero, titulado «Espejo, dime...» y en cuyos tercetos también viene larga relación de nombes propios: casi los mismos y entre ellos, el de Jon Juaristi.

Claro está que también juega con los nombres propios de sus amigos Blas de Otero en «Coral a Nicolai Vaptzarov», de *Esto no es un libro,* y que Gil de Biedma engastó los onomásticos de un verano inolvidable, «el último de nuestra juventud», en «Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma» de sus *Poemas póstumos.* ¿Ha venido a parar Jon Juaristi en poeta de la «otra sentimentalidad» a través de Blas de Otero? ¿Se dará alguien por agraviado? ¿Resultará que, además de no poder ser vasco impunemente, tampoco saldrá indemne quien poetiza sobre sí mismo y sus pertinaces alrededores —al fin, ¿qué se tiene más mano?— después de 1980?

Por si acaso, Juaristi ha ido consignando paladinas poéticas al comienzo de todos sus libros: la de *Diario del poeta recién cansado* glosa un verso de Mallarmé (está en «Brise marine») que nos recuerda que el autor versifica mediando la «tristeza de la carne y haber leído todos los libros necesarios»; *Suma de varia intención* manifiesta en «Poética bajo mínimos» que todo poema debe

tener «al menos una idea indemne» y que esto «no es tarea confiable al mero sentimiento»; *Arte de marear* prefiere iniciarse con un poema de emotiva confesión al padre y otro de desencantado testamento al hijo; *Los paisajes domésticos* aconseja una «Poética freudiana» por la cual se debe escribir «sobre aquello que conoces»... pero mentir y desparramar «tu voz en muchas voces». Pero nunca serán tantas como para no reconocer la del fondo a la izquierda: este oficiante burlón pero sentimental de *«la engañosa / ceremonia de sombras que solemos / llamar literatura» (Diario...).*

JOSÉ-CARLOS MAINER



EL EMBOSCADO DE VINOGRADO

Tengo una relación bastante acomplejada con la poesía. Me gusta mucho pero no me gusta que tanto me guste. Me siento casi *humillado* por la facilidad con que un verso me emociona, me riega los ojos de lágrimas o me hace trepidar de euforia. Soy un hombre demasiado fácil para la poesía (y desde luego tengo por muy poéticas a las mujeres demasiado fáciles). A veces me da rabia estar siempre tan pronto a renegar de la primogenitura crítica y racional por un plato de lentejuelas versificadas. De modo que me busco coartadas para hacer quedar bien a mi ego y poder decirle paternalmente: «ego, anda, te absolvo».

Lo explicó muy bien explicado Montherlant, aunque a respecto relativamente de otro: «No amamos a tal o cual persona por su belleza sino que deseamos que tal o cual persona sea bella para justificar así nuestro amor». Y yo, que sin duda no me emociono con tal o cual poeta porque sea inteligente, cáustico, desgarrado o irónicamente metafísico, deseo vehementemente que mis poetas preferidos tengan tales atributos (y como todo atributo, de Spinoza al porno duro, cuanto más grandes mejor) para legitimar así mi emoción. Pequeñas miserias de no querer nunca sentirse pequeño ni miserable.

De mis poetas actuales favoritos, aquél con quien disfruto más a conciencia y con mejor conciencia es Jon Juaristi. Dejo que me emocione sin sentir escrúpulo ninguno en tal abandono, porque se le notan agradablemente mucho esos atributos exculpatorios (inteligencia, sarcasmo, desgarro, metafísica con guiño: ¡abultados atributos!) que convierten la entrega irracional en algo más racional que no entregarse. Sobre todo, me congratulo de la amplitud de registros que tiene su *ironía*. Porque no sólo es irónico en cuanto a los contenidos mismos del poema (jugando a ignorar lo que muy bien sabe, a venerar lo que desprecia, a menospreciar lo que más estima y a refutar aquello en lo que cree, dado que si no se cree no se crea); es que también ironiza con las formas cuando versifica, jugando con todos los metros de modo ora patente, ora subterráneo (ésta es la mejor forma de jugar con cualquier metro) y sin duda *ora pro nobis*. Por no hablar de sus juegos con el léxico, que es de lo que voy a hablar ahora: palabras que se retrucan en sonidos para desconcertarte mejor, cultismos que se avasallan, vulgaridades que obtienen exquisita licencia de armas y se visten para matar... Sólo quien ha leído prácticamente todo lo que importa en la *res poetica* puede ser cuatrero tan eficaz y marcar sus propias reses con tantos hierros falsos, sin falsearse jamás. Pues ni siquiera

Jon Juaristi es capaz de serlo todo para todos (como el dúctil San Pablo): no sabe ser tonto —*la bêtise n'est pas son fort*—, ni ñoño, ni pedante. Servidumbres del talento, para el que la más fácil resulta imposible.

Claro que estoy hablando de meras coartadas. A mí me emociona Jon Juaristi por poeta y no por inteligente, sarcástico, irónico, etc... Le agradezco, desde luego, que sepa emocionarme con el mínimo de humillaciones necesarias. A veces, pienso que a él cuando escribe poesía le pasa lo mismo que a mí cuando la leo: se emociona tan hondamente que para salvar la cara racional y desenfadada del hombre de mundo (aunque sea de este mundo, qué la vamos a hacer) ironiza y juega y guiña los dos ojos para verte mejor. Hipócrita escritor, mi semejante, mi hermano...

Guiño final, esta vez por mi parte. Veo a Jon Juaristi —ahora que no le veo desde hace mucho y que debo evocarle en esta página como si le estuviese viendo— subido en la trainera de Ahab, el último día de la caza del gran cachalote blanco. ¿Recordáis la escena? «¡Remad más deprisa! ¡Remad, remad!». Las palas de los remos se hundían con febril revoleo en las aguas trastornadas mientras enormes tiburones nadaban a sus flancos, arrancando a dentelladas grandes pedazos de madera. Los remos se hacían más y más pequeños, pero la velocidad no disminuía y la caza continuaba. Continúa, maldita sea: no tiene otro fin que el fin.

FERNANDO SAVATER

ME DUELE EUSKADI

A menudo nos llegan de Euskadi vientos de insania que azotan la península. Un día un alcalde batasuno nombra hijo predilecto de su pueblo a un carnicero que acaba de asesinar a una docena de inocentes. Otro día, ese gran pensador que es Xabier Arzalluz se descuelga con que los vascos tienen la sangre de un color diferente a la de nosotros, pobres maquetos. Poco después, un abogado le pega la bronca a un preso de ETA porque la organización no elimina a los individuos que él ha señalado. Afortunadamente, frente a todo este desmadre suele alzarse, desde las páginas del diario gubernamental (como dice «ABC»), la voz de una persona cabal que se llama Jon Juaristi. Gracia a él (y a muchos otros vascos que uno ha conocido a lo largo de su existencia) descubre el lector que no está perdida del todo la batalla de Vinogrado (Bilbao, rebautizado por Juaristi), que por muchas animaladas que se produzcan en el norte de España siempre habrá gente con varios dedos de frente dispuesta a echar su cuarto a espadas y a poner las cosas en su sitio.

No conozco personalmente al señor Juaristi, pero siento por él una enorme simpatía y solidaridad. También yo, como catalán, me debato entre la estrechez de miras de mis compatriotas y la entrañable burricie de la meseta, donde no se entiende nada que suceda más allá de Pozuelo de Alarcón. Por eso, cuando me topo con la firma del amigo Juaristi en las páginas del diario que me alimenta, devoro el texto de turno y llego a la conclusión de que este hombre tiene más razón que un santo. Y es que si a Unamuno le dolía España, a Juaristi le duelen España y Euskadi.

Realmente, este país de países que es el nuestro se lo pone muy difícil a cualquier que no sea un bobo rematado. Aquí se sufre, señores, y la tontería ataca desde todas las esquinas.

Jon Juaristi ha escogido tres vías para hacer frente a la estulticia: los artículos en la prensa, los ensayos y la poesía. Yo creo que esta última parte de su obra es la que le permite relajarse y pasar algunos buenos ratos. Uno se cansa de repetir obviedades y de intentar que los sordos oigan. Por ello, de vez en cuando, el señor Juaristi se marca un poemario desde el que poder afrontar sus temas de siempre desde una perspectiva en la que el autodolor de su ironía beligerante se vea ligeramente tamizado.

Es la poesía de Jon Juaristi de un prosaísmo que se agradece. No se han creado para él las imágenes líricas, los arrayanes y los alféizares. Este hombre

no se anda con pamplinas. Es su vena melancólica y fatalista, que, lógicamente, apenas si aflora en sus ensayos y artículos, la que impera en su producción poética. Son sus poemas los de un hombre desencantado, obligado por los médicos a beber agua mineral, que lleva toda su vida manteniendo una compleja relación de amor y odio con sus dos patrias, la vasca y la española. Una relación que sólo se puede soportar a base de exhibir un sentido del humor a prueba de bomba.

Una sociedad tan necesitada de desdramatización como la vasca no puede prescindir de un tipo como Juaristi. Euskadi necesita a alguien que es capaz de sentarse a la mesa y escribir lo siguiente: *«Yo me la llevé a la playa / la noche de Aberri Eguna / pero tenía marido / y era de Herri Batasun»* («La casada infiel», del «Diario del poeta recién cansado»). O: *«Pues os vi tan menguados de talento / tan inermes, Dios mío, ante los filos / de la agudeza ajena, / me disteis tanta pena, / que di a mi vez salida al amoroso / impulso que en mi pecho se agitaba / (aunque hablando de dar, ¿qué se me daba / de vuestra mala baba, / si sólo me pagabáis con denuestos?)»* («Epístola a los vascones», de «Arte de marear»).

Aunque el humor de Juaristi se ceba con agudeza en la patria hispana (ahí está esa gran animalada poética sobre el servicio militar que es «Los tristes campos de Troya», en la que aparece un personaje, el brigada Ceballos, sólo comparable al sargento Arensibia de las «Historias de la puta mili» de Ivá), es a la hora de emprenderla con Euskadi donde brilla con luz propia. Así Bilbao es Vinogrado. Esta ciudad amada y odiada ocupa muchos de sus poemas, y a través de ellos Juaristi ejemplifica la dura tarea de ser vasco. El poeta se reconoce como tal, y sabe que se trata de un acto de valor en el que el fatalismo y el cariño deben caminar juntos.

Y es que lo de Juaristi no es traición ni cainismo. Es el puro sentido común de alguien que es consciente de que le ha tocado una misión que se las trae: reflexionar sobre su propia comunidad y escupir verdades a la cara de los intolerantes y los zoquetes. Lo hace a vuelapluma en los periódicos, con horas de reflexión en los ensayos y con poesía satírica en los versos. Este hombre es consciente de que lo suyo es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo.

Gracias a émulos de Pepito Grillo como Jon Juaristi una sociedad demuestra estar viva. Cuando nadie dice ni mú, una comunidad está muerta. Pertenece Juaristi a una tradición muy española: la del francotirador que se ve obligado a ejercer de díscolo elemento de una realidad que no le convence. Juaristi es un hombre que discrepa con agudeza de las actitudes que rigen en su presente. Su actitud es la de alguien que no piensa soportar que se la den con queso, y sus argumentos, bendecidos por el humor, son por lo general irrebatibles.

España y Euskadi necesitan a gente como Jon Juaristi, gente que piensa, reflexiona y opina. Desde la periferia catalana, donde algunas voces se mueven en su dirección, su mensaje se comprende tal vez de una manera especial. También los catalanes tenemos dos patrias y nunca sabemos cuál es la que nos produce más quebrantos. Es esa comprensión la que me lleva a decirle al señor Juaristi que, si algún día me lo presentan, no tendré inconveniente en invitarle a unas copas. De agua mineral, por supuesto, que uno tampoco está para muchos trotes.

RAMÓN DE ESPAÑA

AS THE YEARS GO BY

José María Guelbenzu, en un texto brillante y necesario, a estas alturas de la tempestad, afirmaba que el valor del intelectual se encuentra en el prestigio moral de su conocimiento; un ejercicio de conocimiento en el que su *compromiso* es, sustancialmente, con el abismo de la verdad, aunque le lleve al infierno. La verdad es como la vida: es de todos y no es de nadie. Por eso mismo la tarea del intelectual es, en lo personal, merecerse la verdad; y en lo público, hacer frente a todo aquel en quien detecte el deseo de apoderarse de la verdad, pues ése es el tirano.

Al hilo de estas palabras, la vida intelectual de Jon Juaristi está marcada por la disidencia constante, entendida como la reivindicación del derecho a la diferencia, y escrita desde el derecho que uno tiene a devolver el sentido a las palabras, visto como está que con ellas —y no de otra manera— se cuenta la historia.

Como poeta, ha sabido engastar en sus versos ese arte límpido de preservación de la experiencia, que le ha conducido a ser un asiduo visitador del infierno abisal que emana de la inmersión en la verdad de un mismo, aunque el viaje impique saber no estar siempre a favor de los propios sentimientos. La inflexión meditativa de su voz es de filiación cernudiana filtrada en el magisterio de Gil de Biedma, al igual que la sinceridad moral y el planteamiento subyacente de producir una poesía de la experiencia, entendida como camino de autoconocimiento. Una poesía que contiene la emoción de todas las épocas y la reflexión de uno mismo, como bien apuntaba Thomas Hardy.

Juaristi se sitúa en un territorio que limita al norte con los fantasmas del lugar —disfrazándose, a su vez, de uno de ellos—, y mueve los hilos de su palabra desde la sencillez, la naturalidad y la ironía intertextual, que el poeta utiliza para desgranar su propia biografía espiritual a partir de la adopción y el trueque de la razón artística de parte de los demás.

Veamos. Mi poesía, decía Jaime Gil de Biedma, sólo tiene dos temas: el paso del tiempo y yo. Así, Jon Juaristi desde el poema preliminar de *Los paisajes domésticos* establece un revelado personal de la misma cuestión, haciendo hincapié en lo difícil que se va haciendo la convivencia con la tensión entre la incorporación de incertidumbres a la vida y la certidumbre de la fragilidad que se abre paso en ella.

En «Poética freudiana» el escritor es ese farsante que siempre dice la verdad a pesar de que escribir sea viento solitario, vicio solitario en Gil de Biedma, con quien comparte también el guiño de la creación de la ficción de un mismo, presente en la figura del poeta maduro —«As a Man Grows Older»— y la apropiación —inevitable y constante en la producción de Juaristi— de títulos re-escritos, mitad homenaje mitad, mitad refugio de peregrinos, evidente en «Intento formular mi experiencia de la poesía civil», donde mezcla su destreza formal con la sonrisa velada en la cita del equipo titular de las personas que han modulado su verbo, o en «Auto de terminación», que es un Réquiem por los poetas muertos: el poeta baja a la calle; la gente pasa y no hay nadie. «Sátira primera (a Rufo)» y «Las viejas amistades» son dos poemas de usos de la vida: es verano —éste es un libro en el que es Verano— y uno se pregunta «a quién pedirá cuenta de los años inútiles (...) parte maldita que cediste al viento» —solitario de escribir, sintagma ausente que refuerza el conflicto entre el paso del tiempo y las horas frente al papel en blanco—.

El resto del libro es espejo que matiza y devuelve serenamente sus temas de siempre: la persistencia de las viejas cicatrices como un perfume que es reacio a abandonar nuestra piel, en «Gengis Kan»; la muerte de los años sesenta como ello ideal en «Aliud et alibi» donde tropezamos con un Mayo del 68 en el que, como bien sabemos, estuvo todo el mundo; en «Blues del castillo de Barbazul» nos asomamos a la habitación del poeta, al amor que se fue, al poso vacío de la tristeza; «Holograma» recuerda la paradoja que encierra una existencia que endereza sus renglones, mientras tuerce la vida; «Baztán» ancla el viejo oficio de cetrería sobre el frágil trapecio del recuerdo; «Deber de podredumbre» y «Elegías a ciegas» retoman de forma íntima la cuestión de los orígenes y la ignominia del entorno.

Los paisajes domésticos confirma una escritura de excelente factura que ha crecido pulcra y nítida, mientras el tiempo dicta su impasible sentencia y los años inútiles se han ido desplomando como tabiques a nuestra espalda. El poeta ha recorrido su camino de paseante solitario desde un Bilbao inexorablemente envuelto en el vil vaho que desprenden las yuntas de sangre y el hedor de las viejas mentiras heredadas hasta este Vinogrado espejo del rencor o arrabal de la vida, copiado desde la claridad —ahora— de su madrugada, en los rasgos de un antiguo rostro borrado en estos versos; muerto en la serenidad con que el tiempo ha ido deshilando el tapiz de las certezas, curtiendo la piel, creando el tacto del conocimiento. Y el tacto, como dijo Cocteau, consiste en saber hasta dónde se puede llegar muy lejos. Jon Juaristi lo sabe.

Su poesía como la muchacha de «Lines on a Young Lady's Photograph Album» de Philip Larkin («más hermosa y más nítida, mientras pasan los años»)

ha sabido rescatar su experiencia del olvido, con la rectitud de los que saben hacer del arte de la palabra una forma de tener razón. Esta colección de poemas permanece, contra el tiempo, en el paladar del lector desde ese pasado que es lastre y guiño «*...a past that no one now can share (...) / It holds you like a heaven, and you lie / Unvariably lovely there*» hasta la realidad de la revelación de uno mismo en una escritura genial: «Smaller and clearer as the years go by».

ENRIQUE GUTIÉRREZ
(*El Periódico de Aragón,* 11 de marzo de 1993)

POESÍA CIVIL BLUES

No es extraño que en conversaciones de café alguien apostille sobre el sinsentido de escribir poesía hoy. Es un lugar común que presupone erudición, quien lo dice da la sensación de conocer las últimas tendencias de la poética checa y es útil cuando se decide quién paga la siguiente ronda.

A Juaristi, como a los grandes creadores, le queman en el folio esas colecciones de adjetivos rebuscados que parecen ser la esencia de los poetas tomados como «serios». Lo suyo es el arte de marear, está claro. Y para eso trabaja con el impulso, con las palabras conocidas, con los juegos semánticos contundentes pero asimilables; Juaristi es el ogro bueno del cuento.

Si en «Diario del poeta recién cansado» recorría las calles de ese Vinogrado imaginario (un Bilbao real como el Athletic) y ya podía percibirse que doble J. es de los que poseen el don de «ver» allí donde la mayoría orina. En «Suma de varia intención» el valor de los recuerdos, de los momentos y del tiempo perdido no son sólo un nuevo «grandes éxitos del Casares». Uno se cree a Juaristi y ahí radica su modesta grandeza. Su poética no obliga, acompaña; su evidente personalismo tiene la fuerza de lo natural, la de la piedra.

Sus problemas como autor, si ha de leerse entre líneas, parece que vienen de ese lado. En tiempos comunales y gregarios, él da una patada al suelo; en días de esteticismo traídos por los pelos de Brummell, manda una «Sátira primera (A Rufo)», ese viejo amigo que ya nos olvidó pero que vuelve a nuestra vida cuando puede sacar partido de ella. Si la rima no está de moda, ahí está su «Arte de marear» y el reciente «Los paisajes domésticos» para reconciliarnos con ella, para paladear algo que ya va siendo difícil de hallar como es la ironía envuelta en papel de estraza. Juaristi es mucho más sutil de lo que parece y sobre todo posee el don de la comunicación. Mientras sus poemas hablan sobre cosas pasadas con un suave aroma de amargura ya se encarga el autor de soltar la caja de los truenos para que el lector vea que nada es tan trascendente y enconsecuencia nada pinta el oropel estético si tu vida es esquivar el perdigón lobero.

En «Los paisajes domésticos» hay sabiduría entrañable *(«Escribe sobre aquello que conoces / pero miente si fuera necesario»)* y ese corolario suave que inevitablemente está desperdigado por sus libros *(«Hoy empieza el verano / Y te faltan las viejas amistades»)* pero además se encuentra ese estilo coloquial, chusco cuando es necesario, que tanto calienta la cabeza a los que gruñen y

no paran sobre el fin de la poesía pero a veces no encajan la chanza que se esconde tras el ripio *«sorrow / tomorrow»*.

En «Palinodia» no puede por menos el lector de identificarse con ese señor que mira el álbum de guardas desvaídas y que ha recorrido el suficiente trecho como para no hacer balances autocompasivos de lo que siempre ha de suponerse un pasado feliz:

> *«Te engañarás si tomas por finura de espíritu*
> *tal expresión, pues nada había de eso.*
> *Yo lo conocí bien. Poseía tan sólo*
> *una rara panoplia de estrategias mezquinas...»*

No hay engaño posible en su trabajo. Aquí no se venden sales de frutas para digestiones vitales. Aquí hay una pulsión doblemente valiosa por simple y cuya fuerza radica no tanto en lo que se cuenta y mucho menos en el «cómo se cuenta» cuanto en ese poder evocador que el autor posee para llevarnos de nuevo a nuestro particular muestrario de torpezas biográficas. Como puede intuirse, poco que ver con gestas de Termopilas.

Juaristi deja claro (muy taimadamente a veces, cierto) que ese camino lleno de lirios del valle podría recorrerlo si quisiera, pero no le interesa. Conoce pero elige. Y esa apuesta le lleva a Vinogrado, a los campos de Troya o a las majadas de la Mesta. Es como un alquimista barbudo que ya ha licuado lo suficiente como para darse cuenta de que si la esencia no aparece, siempre queda el recurso de bromear sobre el alambique.

Pero, como buen creador, su broma es sólo aparente.

JUANJO BLASCO

CIUDAD SIN NOMBRE

Recién cansado, emprendió Juaristi su labor poética a lo largo de las calles de Vinogrado, ciudad reinventada en el pozo negro de su memoria.

Diario del poeta recién cansado supone la irrupción algo tardía de un poeta vasco maduro y escéptico que, como Unamuno, combina una visceralidad arraigada en la ironía con la reflexión de poso profundo. Este primer poemario es una obra de destartalada melancolía. Juaristi aparece como guía en el mapa de un Vinogrado nocturno y lluvioso (su anónimo Bilbao) en el que se dan la mano jesuitas y putas. Él, caminante solitario, constata la realidad a través de una integración, en la que su ácida coloquialidad se ve humedecida en los amargos licores de la nostalgia.

Frente a la mediocridad de unas calles que todavía esconden algún secreto, Juaristi recurre al distanciamiento irónico y a la parodia de poemas célebres: literaturiza la ciudad. Tras esta ironía, palpita siempre un espacio, un habitáculo con paredes o sin ellas, un paisaje literario concreto y la sonrisa de un mundo personal. La ironía perfora esa ciudad, la presenta íntima, con un nombre propio y doméstico —ya para el lector—: Vinogrado. El diario poético de Juaristi está centrado en el espacio urbano. ¿Pero es éste un espacio real o sólo se trata de una «engañosa ceremonia de sombras»? Tal vez sea ésta la piedra de toque para enfrentarse a la idea que Juaristi tiene de la literatura. El poeta juega con el lector, lo familiariza con determinados rincones de los que posteriormente desaparece. No obstante, a modo de pistas, introduce poemas que ofrecen las claves de su poética. La «engañosa ceremonia» se desvela *«Un buen poema debe contener / al menos una idea indemne. / No sombras, ni proyectos, ni carcasas de ideas. / Alumbrar una idea no es tarea / confiable al mero sentimiento.»* (...) *«Aprende como recetario / a distinguir el Goce de los goces».*

Juaristi nos incita a buscar el «Goce» escondido. En este momento, su voz adopta una cara concreta: la de sus camufladas experiencias en forma de claves engañosas: el poeta adquiere un «oficio de falsario», lo asume y lo proclama como norma. ¿Pero, es falsaria la realidad?

El poeta habla con nombres falsos. Recorre un Bilbao sin nombre y surge Vinogrado; por medio de la ciudad, podemos utilizar las claves de su «Poética freudiana» y mirar con diversos ojos el recorrido del *Diario* en *Los paisajes domésticos.*

Acataremos su discurso: «La artesanía de hacer versos, un juego malabar».

DAVID MAYOR - JOSÉ MANUEL DURÁ

MARTILLO DE PATRIOTAS

En 1986, Jon Juaristi recordaba que Miguel de Unamuno, como otros muchos vascos de diverso perfil ideológico, padecía el *síndrome irlandés* al mirarse y verse reflejado en el «espejo agrietado» de la vecina nación del Norte. «Soy, como vasco, un ulsteriano o unionista», decía el viejo león del 98, que ya predijo la crisis de los Estados nacionales, y Juaristi añadía a la cita: «A uno también le tira la morbosa inclinación por la metáfora irlandesa (...) No estaría mal que cierta semilla unamuniana fructuficase en suelo vasco y que brotasen aquí y allá abundantes vascos ulsterianos. Quizá éste sea, por paradójico que parezca, el único medio de evitar la ulsterización de Euskadi.

Según Juaristi, «el antinacionalismo de Unamuno no nace del resentimiento ni de la vanidad herida, sino de una concienzuda reflexión» en sus años de estudiante en Madrid. ¿Y de dónde nace el antinacionalismo de Jon Juaristi?

ALDEA Y MELANCOLÍA

Para un escritor con las referencias culturales de Jon Juaristi ha de resultar muy difícil identificarse con «un intelectual de aldea con un pie en el caserío y otro en la Universidad», como ha calificado a Xabier Arzalluz a raíz de su reciente glosa al ideario más desdichado de Sabino Arana.

Una descripción del Bilbao que tanto ama Juaristi puede ser significativa: lejos de recurrir al tópico vizcaíno, Juaristi describe «los barrios manchesterianos» que conforman la ciudad, «la desolación lunar de sus alrededores», la pátina de hollín grasiento en las fachadas, memoria de medio siglo de industrialización a la japonesa «sin budismo Zen y con ejercicios espirituales de San Ignacio». Son referencias poco convenientes para espíritus anclados en una mitología nacionalista que rechaza el mestizaje cultural con *los otros.*

En un artículo firmado con el psicoanalista Iñaki Viar, Jon Juaristi ha indagado las causas y el «enorme poder de contagio» de «la intolerancia consustancial a todo nacionalismo». Según ambos autores, «lo característico de nacionalismos como el vasco, el corso, etcétera, reside en la debilidad de su legitimación histórica, circunstancia que, paradójicamente, exacerba su historicismo». Surge el disparate antropológico, la mítica comunidad de origen,

imposible de rastrear históricamente, pero cuya existencia y posterior pérdida pervive en la tradición folclórica y en la lengua vernácula.

«No hay nacionalismo sin pérdida, sea real o fabulada. No hay nacionalismo sin disolución de la comunidad orgánica», y según la interpretación freudiana de Viar y Juaristi, la pérdida del objeto del deseo empuja a la comunidad nacional hacia la melancolía y, en el peor de los casos, hacia la psicosis.

El nacionalismo, sustentado en el mito del eterno retorno, imposibilita esta pérdida y, en palabras de los autores, «garantiza a sus adeptos un altísimo nivel de gratificación narcisista». De ahí el recurso a una tradición en la que no hay lugar para el otro, expresada en una lengua vernácula encerrada en sí misma, «metáfora privilegiada de la patria» por sobrevivir incluso al pueblo que la utiliza.

No obstante, Jon Juaristi e Iñaki Viar subrayan que no existen nacionalismos homogéneos, y que las formas arcaicas del nacionalismo sólo se afianzan donde no hay democracia, «de lo contrario se impone el pragmatismo y la constitucionalidad». Traducido al caso español, se acepta el marco autonómico, lo que no implica evitar la periódica recuperación de la mitología nacionalista.

«A corto o largo plazo», continúan los autores, «el nacionalismo melancólico queda atrapado entre la espada del Estado y la pared del nacionalismo transaccional, contra el que lanza despechadas acusaciones de traición. Pero es en esta situación de acorralamiento terminal donde despliega todo su potencial destructivo, cuando reconoce la identidad subyacente a la falsa alternativa del *patria o muerte* y se dispone a morir matando». Ante esta situación caben distintas actitudes, que bien claramente se vienen mostrando desde 1992 entre las fuerzas políticas vascas, obsesionadas por encontrarse en la posición más favorable el día siguiente al final de ETA.

CUESTIÓN DE FE

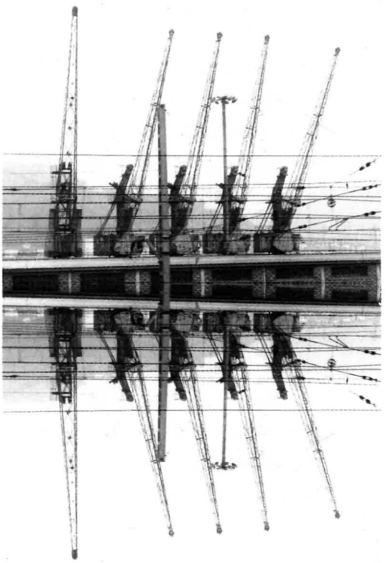
Jon Juaristi. «un francotirador» en opinión de Bernardo Atxaga, ha afirmado que sólo los «intelectuales de aldea» dan crédito a la mitología de Arana y al envoltorio antropológico con el que la han arropado ciertos estudiosos peneuvistas. Según Juaristi, «todo nacionalismo estriba en la resistencia de las ideas heredadas» y de sus voceros, a falta de una cultura sólida, echan mano de la ««retórica del prejuicio». Por consiguiente, no son de extrañar determinadas manifestaciones de tintes xenófobos que brotan con particular vehemencia en períodos preelectorales.

«La única *raza vaca*», argumenta Juaristi, «es la comunidad vasconacionalista, fundada hace un siglo por Sabino Arana y dividida hoy en partidos irreconciliables».

No parece Jon Juaristi una persona abierta a la aceptación de postulados pseudocientíficos como dogmas de fe; no parece una víctima más del enquistamiento cultural —con cargo al erario público, por supuesto— y, a juzgar por el vitriólico sentido del humor que corroe su obra, tampoco manifiesta propensión a la melancolía patriótica.

Parafraseando a Kirk Douglas en *Senderos de gloria,* tal vez la patria sea el último refugio de los depresivos narcisistas.

JOSÉ LUIS MARTÍN



ANTOLOGÍA *

BLUES *DEL CASTILLO DE BARBAZUL*

Nada te exime ya de la tristeza,
pues no recobrarás el raro brillo
del instante que acaba de pasar.

Roe el tiempo la tarde que soñabas eterna.
Cuajarones de sombra irrumpen en el cuarto,
preludiando una noche de escabrosa nostalgia.

Ahora, bajo la sábana donde el sudor se enfría,
reparas en las manchas del techo, en el raído
repostero que cuelga en la pared de enfrente
y en el cuerpo de aquélla que dejó de gustarte.

Viejos, como este cuento repetido:
la obligación neurótica de enviudar cada día.

(Los paisajes domésticos)

* (Selección de textos realizada por Enrique Gutiérrez).

BAZTÁN

Cazador entre los pinos,
al acecho de torcaces.
Otoñada.
Tus recuerdos son caminos
que regresan pertinaces
a la nada.

De mozo te conocí,
en este puesto secreto
vigilante,
como un ávido neblí,
por zarpar pugnando inquieto
desde el guante.

El arroyo entristecido
ha gastado con los días
sus riberas,
y tus días el olvido
los ha trocado en vacías
parameras.

Cómo te burla el halcón,,
cómo en el cielo de octubre
va tendiendo
redes a tu corazón,
cómo con ellas lo cubre
descendiendo.

Cazador, mal cazador,
toda herrumbre tu escopeta
temblorosa,
¿cuándo te pasó el amor
de claro con su saeta
silenciosa?

(Los paisajes domésticos)

ÚLTIMA LECCIÓN

Heme aquí, profesor
de letra muerta, padre.
Qué tarde se me ha hecho
para contarte cómo
he muerto tantas veces,
para hablarte de hombre a hombre.
como tú lo exigías
y nunca como fuera
nuestra conversación
(y no por mí, lo sabes:
eras tú quien ponía
murallas de sarcasmo
a mi inútil franqueza).
No espero ya que entiendas
esta última lección:
de ti sólo heredé
una ácida tristeza
que corroe y destruye
mis instantes felices
y que me hace saberme
destinado al infierno
(pues dónde se hallaría
sino en mi centro mismo,
allí donde descubro
un amor que agoniza
cercado por un muro
de muerte infranqueable).
No tienes tú la culpa.
Quizá una savia enferma,
letal, recorre aún
este leño caduco
de nuestra oscura estripe
de pequeños hidalgos.
He remontado el río,
buscando el hontanar
oculto de mi daño.

Te ofrezco este cuaderno
de viaje. En él registro
los magros resultados
de mi navegación.
Doy fe en él de los pecios
que rescaté del fango.
Como trofeos míseros
los adosé al tocón de nuestro árbol heráldico
(un roble, por supuesto)
sobre el que brilla aún
una estrella de plata.
Recíbelos sin ira.
No te pido que lo hagas
con amor, pues comprendo
que requerirlo es vano
de aquéllos como tú
o como yo, que nunca
sabremos prodigarlo.

(Arte de marear)

RELOJ DE MELANCÓLICOS

A Begoña Candina

Como una mala comedia de enredo,
así tus años mozos, por fortuna ya idos.

Querrías, sin embargo, que la frágil ternura
que todavía asocias a ciertas remembranzas
no fuera solamente ilusorio desvío
de la memoria al borde de su disolución.

Pues aunque te sobraran de una mano diez dedos
para sacar la cuenta de los instantes gratos,
aunque copia abundosa de amargura te empuje
hacia adelante siempre, desde el mojón anclado
en medio del camino, etcétera, te guarde
esta rara certeza de que atisbaste un día
algo parecido a la felicidad
contra las asechanzas de la vieja enemiga
cuando se borre el mundo tras la lluvia de otoño.

(Arte de marear)

AYER

A Juan Aranzadi

Odio estos burgos fríos del norte en que demora
su partida el invierno:
plazas enjalbegadas por la nieve
y un letargo levítico bajo el sol macilento.

Viento estepario sopla en sus cantones.
Desde torres tristísimas ruedan las horas, pero
un solo instante llena la clepsidra
y es vano el vano rebalar del tiempo.

Sus bibliotecas públicas conservan
primeras ediciones de El Criterio.
Retratos de Aparisi, Nocedal, Manterola,
cuelgan en las paredes de sus ayuntamientos.

Tiendas agazapadas en sobrios portales
venden devocionarios, añalejos,
cordones de San Blas, escapularios,
rosarios aromados al humo del sahumerio.

Y cuando cae la tarde, rebaños de canónigos
dejan las catedrales, y en un hosco silencio
se dispersan por calles angostas. Sacristanes
de caderas nefandas cierran los presbiterios.

No digáis que fue ayer. ¿Quién cantará victoria?
Mirad bajo la piel de nuestros pueblos,
allí donde el pasado se hace carne
y es la sustancia del vivir el tedio.

Mirad más dentro aún: la fibra en que dormitan
alcanforadas almas de curas y barberos
soñando un horizonte de boinas escarlata.
Rumor de fronda llega del fondo de su sueño.

(Arte de marear)

ALTER BILBAO MOND

In memoriam B.B.

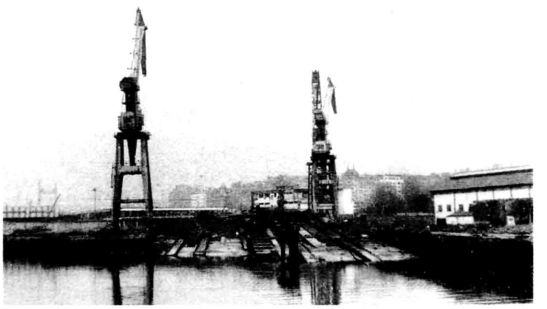
Si me vine a vivir entre vosotros,
si habité alguna vez esta ribera
junto al mar deletéreo, sus ramblas
ávidas de salitre y vendavales,

no me trajo el amor. Escribí, es cierto,
Da wo noch Liebe Iohnt, *pero os supongo*
avezados de antiguo a la engañosa
ceremonia de sombras que solemos

llamar Literatura. Yo buscaba
añadir a un destierro otro destierro,
acibarar la ausencia de una patria

—y un matadero en flor era la mía—
con la vieja tristeza de tu luna,
arrabal de la vida, Vinogrado.

(Suma de varia intención)



SPOON RIVER, EUSKADI

¿Te preguntas, viajero, por qué hemos muerto jóvenes,
y por qué hemos matado estúpidamente?
Nuestros padres mintieron: eso es todo.

(Suma de varia intención)

TRENOS DE VINOGRADO

I

Unreal cities,
Tréveris —Clítoris, Sífilis—,
Ávila, Zamarramala,
Alejandría, Aviñón,
et sur le pont du Nervión
Vinogrado.

II

Ha enrojecido la yedra
en las paredes de Mallona.

Voz súbita
del tiempo inapelable.
Inesperada advertencia
de mi trigésimo otoño.

Tomo a traición mi vida. Calzadas de Begoña.
Ascao. Breve y sombría
calle de la Esperanza.

Besos arrebatados
en rellanos oscuros.
Pieles acariciadas
en madrugadas lentas.

Vinogrado insepulto.
Noches
de amor.
Vísperas de tinieblas.

VII

Partiré un día,
entre la lluvia tenue, Vinogrado.
Húmedas calles me verán marchar.
Plazas donde agoniza nuestra hisrtoria
de pueblo imperceptible,
alamedas tediosas. Derrocadas
esquinas que veláis la soledad.

Cuándo nació el rencor. No me preguntes.
No hay visitas que hacer. Huele a mostaza.
Por el suelo, grasientas servilletas
y rodajas marchitas de limón.

VIII

En la noche sagrada
de Vinogrado
me asediaban fantasmas
de hierro antiguo.

Devastada belleza
de cortinajes,
descendía la niebla
como ceniza.

Sólo el ojo del puente
me contemplaba,
largo vientre del río
lleno de barcos.

Por los glacis helados,
pesadamente,
arrastraba el día
yuntas de sangre.

(Diario del poeta recién cansado)

LA CASADA INFIEL

Un día de Aberri Eguna
me puso en un compromiso,

Después vivimos una historia
de amor, maría y luna llena
frente a la playa de Zarauz
que habría matado de envidia
a cualquier arábigo-andaluz.

Yo me la llevé a la playa
la noche de Aberri Eguna,
pero tenía marido
y era de Herri Batasuna.

Me porté como quien soy,
como un euskaldún legítimo,
y para olvidarla pronto
le regalé un prendedor
con un verso, una icurriña, una pluma y una flor,
y un libro de Patri Urkizu
forrado en ras pajizo.

(Diario del poeta recién cansado)

BIBLIOGRAFÍA

OBRA POÉTICA

Diario del poeta recién cansado, Pamplona, Pamiela, Col. La Sirena, 1985, 59 pp.

Suma de varia intención, Pamplona, Pamiela, Col. La Sirena, 1987, 52 pp.

Arte de marear, Madrid, Hiperión, 1988, 58 pp.

Le sale de la colpa, Triste, 1990.

El pozo de la memoria, México, 1991.

Los paisajes domésticos, Sevilla, Renacimiento, 1992, 41 pp.

OTROS LIBROS

Euskararen ideologiak, Haramburu, 1976.

La leyenda de Juan Zuría, ORG, OFIC, Caja de Ahorros Vizcaína, Col. Temas vizcaínos, Bilbao, 1980.

La tradición romántica, Leyendas vascas del siglo XIX, Pamplona, Pamiela, 1986.

El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca, Madrid, Taurus, 1987, 337 pp.

Literatura vasca, Madrid, Taurus, 1987, 161 pp.

Arte en el País Vasco, Madrid, Cátedra, 1987, 414 pp.

Euskal Balaten Lorea. Flor de baladas vascas, Madrid, Visor, 1988, 183 pp.

Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles, Madrid, Siglo XXI de España, 1993, 210 pp.

ARTÍCULOS EN PRENSA (Selección)

«Literatura vasca: vivir del cuento», *El País,* Libros, 31 de diciembre de 1983, p. 10.

«Un vasco ulsteriano», *El País,* 30 de diciembre de 1986, p. 6.

«Libresco», *El País,* 28 de agosto de 1988, p. 20.

«La cuadrilla de Morenito», *El País,* 22 de agosto de 1989, p. 17.

«Proezas melancólicas», *El País,* 19 de octubre de 1989, p. 6.

«La imposible sutura», 26 de octubre de 1990, p. 16.

«El neofascismo abertzale», 2 de noviembre de 1990, p. 11.

«Poética y tauromaquia en la lírica de los ochenta», *Revista de taurología,* n.º 5, 1992.

«Agrio debate entre escultores vascos: el rito final», 10 de enero de 1993.

«Homais, el sueco y el zulú», 5 de febrero de 1993, p. 13.

TRABAJOS SOBRE LA OBRA DE JON JUARISTI (Selección)

GARCÍA MARTÍN, José Luis, «El humor, la poesía», *Diario de Córdoba,* 2 de julio de 1987.

MARTÍNEZ RUIZ, Florencio, «Suma de varia intención», *ABC,* Madrid, 1986.

GARCÍA MARTÍN, José Luis, *La generación de los 80,* Valencia, Maestral libros, 1988.

VILLANUEVA, Darío et al., *Los nuevos nombres: 1975-1990,* en Historia y Crítica de la Literatura Española (ed. al cuidado de Francisco Rico), vol. 9, pp. 11, 99, 114, 117, 118, 137 y 181-83.

GARCÍA-POSADA, Miguel, «Amor, historia y naturaleza», *El País,* Babelia, p. 13, 19 de septiembre de 1992.

DE BLAS GUERRERO, Andrés, «Los arcanos de la patria», *El País,* Babelia, p. 20, 13 de febrero de 1993.

ÍNDICE

BIOGRAFÍA 2

CRÍTICA 3
José-Carlos Mainer: No se puede ser vasco impunemente 3
Fernando Savater: El emboscado de Vinogrado 7
Ramón de España: Me duele Euskadi 9
Enrique Gutiérrez: As the years go by 12
Juanjo Blasco: Poesía civil blues 15
David Mayor - José Manuel Durá: Ciudad sin nombre 17
José Luis Martín: Martillo de patriotas 18

ANTOLOGÍA 21
Blues del castillo de Barbazul 21
Baztán 22
Última lección 23
Reloj de melancólicos 25
Ayer 26
Alter Bilbao mond 27
Spoon river Euskadi 28
Trenos de Vinogrado 29
La casada infiel 31

BIBLIOGRAFÍA 32

POESÍA EN EL CAMPUS

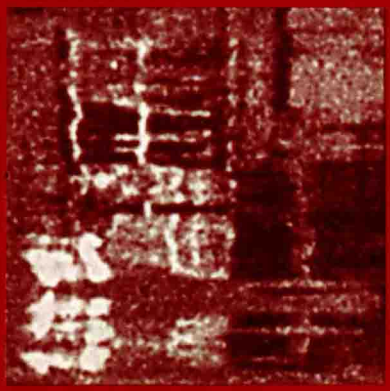
Coordinadora
M.ª ÁNGELES NAVAL

Este número 21 ha sido realizado
bajo la dirección
de
ENRIQUE GUTIÉRREZ

Maquetación
JOSE LUIS CANO

Fotografías
MARIAN ULLIBARRI

Impreso en Octavio y Félez, S. A.
San Juan de la Peña, 160-168 - 50.015 Zaragoza
D.L.: Z. 625/93



Secretariado de Actividades Culturales
Vicerrectorado de Extensión Universitaria
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

iberCaja